

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

29ª SEMANA DEL T.O. (21 de octubre de 2012)

1 El deseo de poder (¡para hacer el bien!, faltaría más) es el último enemigo del Reino de Dios. Los jefes de las naciones, los magnates, podrán “decir misa”, proclamarán las palabras más bellas (“queremos extender la paz, queremos liberar al pueblo...”), pero para ellos mandar es dominar y aprovecharse de los otros. “No sea así entre vosotros”: En la iglesia de Jesús no vale ni la riqueza del rico ni el poder político, sino pobreza y servicio a los últimos, realizado por pobres y esclavos. Este es el camino del verdadero Dios que Jesús, con su vida normativa, nos ha revelado.

VER

I

–El 35% de la población ocupada en España recibe, como fruto de su trabajo, una retribución mensual que es igual o inferior a los **641,40 euros** que marca el Salario Mínimo Interprofesional (SMI).

–El 40% de los trabajadores por cuenta propia, la mayoría de ellos autónomos dependientes, están en riesgo de pobreza.

–Más del 12% de los trabajadores españoles vive en hogares que están por debajo del umbral de la pobreza.

Tener empleo ya no es una salvaguarda ante las situaciones de pobreza.

Las sucesivas reformas laborales han contribuido a la creación de empleo más inestable y barato, como es el caso del trabajo a tiempo parcial involuntario, "muy extendido en España", y que afecta especialmente a las mujeres y los jóvenes. Este tipo de jornada está muy vinculada al empleo precario, debido a sus **bajos salarios** y al menor acceso a prestaciones sociales, como desempleo y jubilación. Y arroja otro dato desalentador: **en 2010**, el 18,3% de los trabajadores a tiempo parcial se encontraban en situación de riesgo de pobreza, frente al 11,8% de los contratados a tiempo completo.

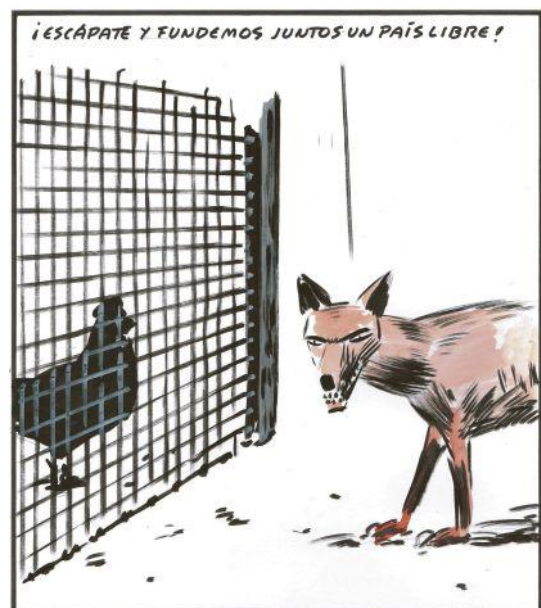
¿Cuál sería el gasto mínimo necesario para mantener una vida tolerable en España? ¿Por qué hay familias trabajadoras que no pueden llegar a ese mínimo?

¿Qué podemos entender por una vida tolerable, o mejor, una vida digna del ser humano?

¿No es la dignidad del ser humano (de todos) el criterio que mide si un sistema económico y social ha de mantenerse o cambiarse?

¿Y no forma parte de la nueva evangelización el abrir caminos para un nuevo sistema económico y social que tenga como centro la dignidad del ser humano y el bien común?

Oro sin prisas lo que este ver suscita en mí, y termino revisando mi PPVM para introducir en él las llamadas percibidas.



I

Después de enriquecerse con los bienes naturales y públicos de los países del Sur, del Norte, del Este y del Oeste; después de ganar dinero especulando con todo, incluso con el hambre; después de inventarse burbujas hipotecarias y puntocom; y a punto de agotarse el enriquecimiento a base de canjear capitales financieros ficticios, estos “tipejos”, esos hombrecillos y mujercillas de los grandes negocios, esa “plutocracia mundial”, observan ingeniosos que la última fórmula para incrementar sus beneficios es acumular el dinero futuro, el que está por imprimir, robando lo que pertenece a nietos y nietas: LA DEUDA.

Babean disfrutando de su jugada maestra, de su perfecta carambola. Los países, los estados –ya sin gobiernos soberanos– aceptarán cualquier instrucción que ellos emitan. Los bancos, ¡oh qué problema! están en bancarrota, cosa malísima para la economía. Así que hay que inyectar todos los dineros públicos posibles para salvar sus resultados. “Y sin dinero en las arcas –ipobres estados!– les prestamos –dicen– el nuestro que nos devolverán en eternos plazos a intereses de lujo”.

Pero estos infelices epulones se olvidaron de un detalle invisible: la MEMORIA que nos constituye como humanos. Memoria de las víctimas, empezando por Jesús. De todos los que han luchado a contracorriente por la libertad y los derechos sociales; de los que lucharon junto a los desheredados del mundo por el reconocimiento del derecho de los pueblos a comer y vivir de sus tierras, aguas y semillas; de aquellos que hicieron posible el derecho al trabajo, a la enseñanza y a la salud gratuita, a la vivienda, a la autodeterminación de los pueblos...

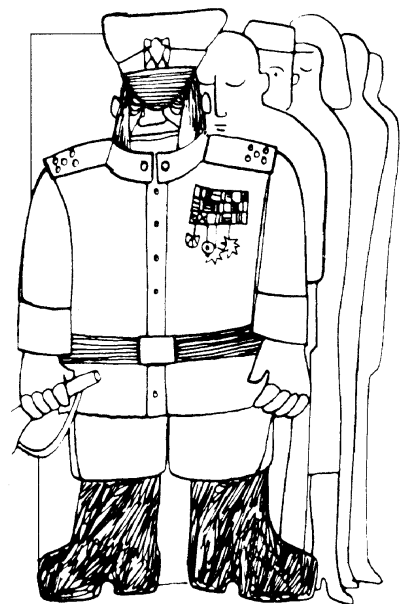
EL POBRE, JUICIO Y SALVACIÓN (Benjamín González Buelta)

Se muere Carlos consumido por el asma,
hija de la angustia y la miseria,
crucificado en la esquina de nadie,
clavado por el costo de la medicina.

Desde su respirar difícil,
juzga toda la estructura nuestra.
Un hijo sano de la tierra enferma
tiene que morir rodeado de sus ocho pequeños,
porque hace falta la ciencia, el tiempo y el dinero
para investigar el último matiz
de perfumes costosos, de sutiles colores de tela,
de asesinos artefactos de guerra,
para la gran pompa de jabón.

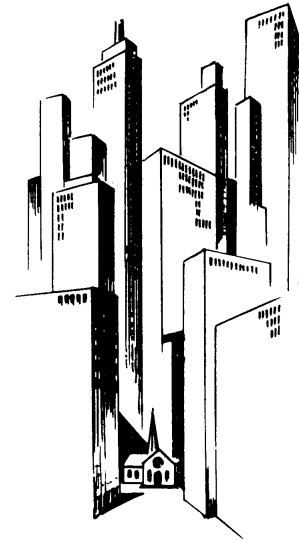
Estrujado entre la ciudad que crece
y el río va comiendo la tierra escasa,
se estira el barrio como un moribundo.
Desde su confuso rumor de niños,
de hombres que arrastran sus pasos,
sube una *llamada* insondable
que atraviesa el llanto, la protesta, la náusea,
y llega hasta lo hondo del alma,
y despierta la entrega de toda la vida,
porque ya ninguna moneda de limosna
puede comprar el silencio inconsciente.

En el periódico, en colores seductores,



bellas modelos a caballo
ofrecen evasión en playas doradas.
Se vende la suerte, la piel, los paisajes,
en ambientes exclusivos.
Pero en casa de mi amigo,
todos reían cerca del anafe
con perfume de café,
a la sombra del mango familiar,
abiertos a toda la brisa de la tarde.

Todo era real, la risa, la mirada, el abrazo.
Todo era cierto, gratuito y *vida verdadera*.
Demetrio oyó tu palabra y mi palabra.
Puso en pie su cuerpo frágil,
rebotó su corazón de dignidad,
empuñó herramientas y proyectos,
apretó otras manos,
asociaciones, comunidades, sindicatos,
y todos salieron juntos para *crear* y morir,
para un mundo de nueva libertad.



3

EVANGELIO (Mc 10,35-45)

Se le acercaron los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le dijeron: «Maestro, queremos que nos hagas lo que te vamos a pedir. ³⁶ Les preguntó: «¿Qué queréis que haga por vosotros?». ³⁷ Contestaron: «Concedéndonos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda». ³⁸ Jesús replicó: «No sabéis lo que pedís, ¿sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber, o de bautizaros con el bautismo con que yo me voy a bautizar?». ³⁹ Contestaron: «Podemos». Jesús les dijo: «El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y seréis bautizados con el bautismo con que yo me voy a bautizar, ⁴⁰ pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, sino que es para quienes está reservado. ⁴¹ Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra Santiago y Juan. ⁴² Jesús, llamándolos, les dijo: «Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. ⁴³ No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; ⁴⁴ y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. ⁴⁵ Porque el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por la multitud».

Pequeña explicación:

En el seguimiento de Jesús no hay lugar para personas que quieran imponerse a los demás, ocupando para ello los primeros puestos. ¡Cuidado con ceder al apetito eclesial y social de poder!

Santiago y Juan se nos aparecen como los primeros conspiradores de la comunidad cristiana, pues utilizan a Jesús para saciar su sed de jerarquía, evidentemente con “buena intención”. Como antes Pedro (cf. 8,33), los Zebedeos muestran en esta perícopa que siguen la “lógica de los hombres/mujeres”, no la de Jesús. En un episodio anterior (cf. 9,34), los Doce ya habían discutido entre ellos quién era el más grande. ¡Estos tres episodios (el de Pedro, el de los Doce y el de los Zebedeos) los ha colocado Marcos inmediatamente después de cada uno de los anuncios de la pasión de Jesús! La distancia y la incomprensión entre Jesús (que, débil entre los débiles, se entrega por amor) y sus discípulos (que buscan el poder y la gloria) no podía ser mayor.

El mayor riesgo de la iglesia no se encuentra fuera (en escribas judíos y gobernadores romanos), sino en sus propios miembros, que, con pretexto de servicio mesiánico y acción liberadora, quieren mandar sobre los otros.

Los Zebedeos han seguido a Jesús y, sin embargo, no entienden su propuesta, no han entendido lo más elemental, no han comprendido aún que él no quiere ocupar tronos ni mandangas de poder, sino regalar la vida por los demás, para que todos, especialmente los más necesitados, sean “reyes”. Jesús no nos ofrece tronos, sino un lugar en su seguimiento: ¡quien quiera seguirme, que tome su cruz y me siga! Ser cristiano es estar dispuesto a beber el cáliz que bebió Jesús y ser bautizado /sumergido en el bautismo en que Jesús fue sumergido. Es estar dispuesto a morir con (como) Jesús. ¿Somos conscientes del significado de nuestro bautismo y de la eucaristía que celebramos cada domingo?

Lo que Jesús puede concedernos es la entrega, el cáliz y el bautismo, pero no tronos a su derecha o izquierda. La gloria del Reino pertenece sólo a Dios. Desde luego el Reino de Dios poco tiene que ver con nuestras “zebedeas”, torpes e ideológicas imaginaciones de poder y dominio sobre otros. ¿Cuándo comprenderemos que esta clase de poder/dominio **es impensable** en un verdadero seguidor de Jesús? ¿Es que no sabemos que la gloria del Padre consiste en que demos nuestra vida para que los pobres puedan vivir como hijos de Dios?

Aprender a morir con Jesús, eso es seguirlo, ser su discípulo. Pero no se trata de morir de cualquier manera, sino dando la vida al modo de Jesús.

El reino de Dios sólo se alcanza a través del servicio y la entrega de la vida. En el reino el poder (eclesio-social) sólo sirve para impedir que llegue. El único poder que sirve para alcanzarlo es el poder del amor, que nos convierte en esclavos de los más pobres.

El problema de los Zebedeos es el de todos los discípulos (“*Al oírlo, los otros diez dieron suelta a su indignación contra Santiago y Juan*”). ¡Todos quieren el poder! Ante el riesgo del poder que

amenaza a sus discípulos, Jesús ofrece a su iglesia la nueva lógica de autoridad y servicio que brota de su entrega. Vuelve a la enseñanza de 9,33-35, cuando ponía al niño/al pobre en el centro de la iglesia.

Después de tanto tiempo con Jesús, ¿cómo los discípulos son tan ciegos? Los hombres/mujeres tenemos una gran capacidad de engaño: creemos lo que queremos creer, miramos aquello que nos conviene y seleccionamos las informaciones de tal modo que solo aceptamos aquellas que concuerdan con nuestras convicciones previas. Esto es lo que pasa con los Doce. Jesús les ha ofrecido su enseñanza más profunda, pero ellos no han podido (o querido) entenderlo. De este modo han convertido la misma vocación apostólica de Dios en autoengaño. Pensando escuchar a Jesús, estaban escuchándose a sí mismos. ¿Y no nos pasa a nosotros igual?

El deseo de poder (¡para hacer el bien!, faltaría más) es el último enemigo del Reino de Dios. Los jefes de las naciones, los magnates, podrán “decir misa”, proclamarán las palabras más bellas (“queremos extender la paz, queremos liberar al pueblo...”), pero para ellos mandar es dominar y aprovecharse de los otros: “*sabéis que los que parecen mandar a las naciones las gobiernan tiránicamente y que sus magnates las oprimen*”. Los discípulos de Jesús (toda la iglesia) deben dejar a un lado los métodos de fuerza, imposición y dominio que otros utilizan en el mundo. “**No sea así entre vosotros**”: En la iglesia de Jesús no vale ni la riqueza del rico ni el poder político, sino pobreza y servicio a los últimos, realizado por pobres y esclavos. Este es el camino del verdadero Dios que Jesús, con su vida normativa, nos ha revelado.



Esta es la “conversión” a la que Jesús nos llama. Quiere que cimentemos nuestra vida sobre su camino de entrega, que es el camino de Dios. El Dios de Jesús no actúa con medios de poder. Por eso nosotros hemos renunciado al poder, es decir, a dominar a nadie, a imponernos sobre los demás. Así nace la iglesia de Dios... La iglesia de Jesús, que no ha venido para que le sirvan [que es lo que nos gustaría a los cristianos], sino para servir, y dar la vida... [que es a lo que estamos llamados juntamente con él].

El evangelio es una guía de servidores. No es un directorio para triunfar, un manual para ganar dinero y dominar sobre los otros. Por eso, todos los que han buscado poder en la iglesia, se equivocan de mesías y confunden Dios y el Diablo, Cristo y Anticristo. El pueblo sólo se salva con servidores.

5

CREO EN JESÚS, HOMBRE DEL PUEBLO (Víctor Manuel Arbeola)

Creo en Jesús, hombre del pueblo/ que nunca se hizo el grande,
ni fue sabio, / ni rico, / ni intrigante, / ni aspiró a puesto alguno,
ni tuvo pretensiones de político, /ni nunca se jactó de ser igual a Dios.

Nació pobre, de una pobre mujer aldeana,
trabajó de carpintero. /Fue discípulo de Juan el Penitente.
Predicó valientemente el reino del amor y la justicia/ de Dios sobre los hombres.
Amó al pueblo, al que hizo / todo el bien que podía.
Prefirió a pecadores, paganos, prostitutas /antes que a santones y opresores satisfechos.
Llegó a escandalizar a quienes, /amarrados a la ley / se olvidaron de los hombres:
fue odiado por los píos fariseos fanáticos, / por los fríos y seguros sacerdotes,
por los ricos saduceos incrédulos. /Asustó a los romanos ocupantes de su pueblo,
decepcionó al final / a los violentos extremistas, / que querían hacerle
líder del reino religioso-político de Israel.

Los suyos lo tenían por un cabeza rota. /Sus amigos y discípulos lo amaban y seguían
pero nunca llegaron a entenderlo. /Por amor hasta el fin a Dios y a sus hermanos
sobre todas las cosas, costumbres y rutinas, / sobre todas las leyes y santas tradiciones,
romanos y judíos lo llevaron a la cruz / –nadie lo defendió en la hora del peligro–,
donde bajó al infierno de la muerte.

Pero Dios le dio la vida para siempre. /Lo hizo vencedor de las sombras y la nada.
Su nombre llena hoy y para siempre el universo.
Nosotros, que tenemos la suerte de haberlo conocido,
lo llamamos señor, amigo, hermano. /Por él también hermanos nos llamamos.
Repartimos el pan fraternal cada domingo, /y cantamos alegres la común esperanza
del reino en este mundo y en el otro: /donde Dios, nuestro Padre, nos espera
junto a todos los hombres que lucharon / por la causa del amor y la justicia.

Creemos en Jesús, así lo proclamamos, / en esta mañana del domingo.

PARA MEDITAR

Releamos la llamada *Leyenda del Gran Inquisidor*, de Dostoievski. Para el Inquisidor las tres preguntas que el diablo le formuló a Jesús en las llamadas “tentaciones del desierto”, no eran en realidad “tentaciones”: tendían a proporcionar a Cristo los medios de llegar con su mensaje a la gran masa humana.

«Tú quieres irle al mundo, y le vas, con las manos desnudas, con una ofrenda de libertad que ellos, en su simpleza y su innata cordedad de luces, ni imaginar pueden, que les infunde horror y espanto...» Tú les prometiste el pan del cielo; pero vuelvo a repetirlo, ¿puede ese pan compararse a los ojos de una raza de gentes débiles... con el pan de la tierra? Y si tras de ti, en nombre del pan de los cielos, fueron miles y decenas de miles, ¿qué viene a ser eso comparado con los millones y decenas de millones que no están capacitados para dejar el pan de la tierra por el de los cielos? ¿Es que a ti sólo te son queridos los miles de grandes y fuertes, y los demás millones... débiles, pero llenos de amor a ti, están obligados a servir únicamente de instrumento a los grandes y fuertes? *No, a nosotros también nos son queridos los débiles.»*

Lo mismo se diga de la segunda tentación. Para asegurar la libertad, Cristo se negó a plantar su iglesia sobre el milagro, así como antes se había rehusado a fundarla sobre el pan. «Tú no bajaste de la cruz cuando te gritaron: ¡Baja de la cruz y creemos que eres Tú! Tú no descendiste, tampoco, porque también entonces rehusaste subyugar al hombre/mujer por el milagro y estabas ansioso de fe libre; ansiabas un amor libre, no producido por el milagro. Pero también ahí juzgaste demasiado altamente a los hombres/mujeres... te lo juro: el hombre/mujer es una criatura más débil y baja de lo que tú imaginaste... *Al estimarlo en tanto tú te condujiste como si dejases de compadecerlo, pues le exigías demasiado... De haberlo estimado en menos, menos también le hubieses exigido y esto habría estado más cerca del amor.»*

Y aquí el Gran Inquisidor confiesa su terrible secreto: por amor a los hombres/mujeres él y los suyos le han dado la razón a Satanás con la misma estructura de la iglesia. «Puede que tú quieras oírlo de mis labios, pues escucha: nosotros no estamos contigo, sino con 'él', ya va para ocho siglos [desde que con Carlos Magno la iglesia adquirió un poder temporal directo]. Ocho siglos justos hace que aceptamos de él lo que tú, con indignación, desairaste: ese último don que te ofreció al mostrarte el imperio terrenal... Y sin embargo, tú habrías podido, ya entonces, aceptar la espada del César. ¿Por qué desairaste este último don? Si hubieras seguido este último consejo del poderoso espíritu, habrías realizado cuanto el hombre busca en la tierra, a saber: a quién adorar, a quién confiar su conciencia y el modo de unirse todos, finalmente, en un común y concorde *hormiguero.»*

¿No era esta la forma de ayudar a los débiles, a los pobres? Pues bien, si Cristo no lo hizo, los hombres de iglesia, según Dostoievski, sí lo hicieron. «Júzganos, si puedes y te atreves... Has de saber que yo también estuve en el desierto y me alimenté de langostas y raíces; que también yo bendije la libertad que tú habías concedido a los hombres y me apercibí a ser del número de tus elegidos... Pero recapacité *y no quise servir a un absurdo.* Me volví atrás y me incorporé a la muchedumbre de aquellos *que han corregido tu obra.* Me aparté de los orgullosos *y me volví con los humildes* para la felicidad de estos mortales.»

